



PERIÓDICO LITERARIO, RECREATIVO Y MORAL
DEDICADO AL BELLO SEXO.

PRECIOS DE SUSCRICION
o-Véase anuncio en la 4.ª plana-o

DIRECTORA:

PUNTOS DE SUSCRICION
o-Véase anuncio en la 4.ª plana-o

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

ADVERTENCIAS.

A todas las Señoras suscriptoras de Madrid que se sirvan manifestar el punto donde pasen á fijar su residencia durante el verano, se les remitirá el periódico sin aumento alguno.

SUMARIO.

La Madre, artículo segundo, por Maria del Pilar Sinués —Rimas, por Patrocinio de Biedma.—La emancipación de la mujer por el cristianismo, conclusion, por Micaela de Muñoz Cavanillas.—El Ateo, poesía por Rosa Martinez de la Costa.—A mi hermana Pilar, por Teresa Ravella.—La Fé, soneto por Elisa Casas Vigo.—La Exposicion de plantas y flores en Valencia, por Amparo Martinez de Vidal.—Eufrasia, continuacion.

TIPOS FEMENINOS

LA MADRE

ARTÍCULO SEGUNDO.

I.

La historia de Roma nos presenta en medio de sus escándalos, el más sublime ejemplo de amor maternal que puede encontrarse.

Agripina la Grande, la esposa de Germánico, fué desterrada despues de su viudez con sus hijos, á la isla Pandataria (hoy de Santa María), por su tio, el cruel emperador Tiberio.

Demasiado sabia la desgraciada princesa que no era á sus hijos á quien más odio profesaba el emperador; era á ella á quien aborrecia; á ella, nieta del divino Augusto, esposa del

gran Germánico, y adorada del pueblo romano y de las legiones que por sí misma habia conducido tantas veces á la victoria, acompañando á su esposo para alentar al ejército.

Y no era su destierro, ni su desgracia, ni su pobreza lo que deploraba, sino la suerte de sus hijos, condenados por ella á todos los dolores, á todas las humillaciones, y privados de su rango y de sus bienes; por eso desde el instante en que salió de Roma, en la oscuridad de una tempestuosa noche, solo supo emplear su pensamiento en combinar los medios de salvar á sus hijos de aquella inmensa desgracia.

Tristemente sentada en una pobre barquilla, atravesaba el Tiber envuelta en su manto y rodeada de sus hijos, abrigando á unos contra su seno, cubriendo á otros con su velo, y sosteniendo en sus hombros las bellas cabezas de sus hijas Julia y Drusila, niñas aún, pero que ya prometian todas las gracias de una bella adolescencia.

—¿Qué haré? se preguntaba la infeliz princesa, con esa voz del alma que no sube á los labios, pero que es tan desolada, tan triste y tan profunda: ¿qué haré para salvar á mis hijos?

Y la misma voz le respondia:

—¡Morir!

Repitiéndose sin cesar la terrible pregunta y la aterradora respuesta, llegaron al destierro, y entonces se apoderó más que nunca de Agripina el deseo de morir, para recomendar á sus hijos á la clemencia del emperador.

Pronto pudo ponerlo por obra: empezó diciendo á sus hijos que queria comer sola, y arrojaba al rio, que corria bajo su ventana, el alimento que sus esclavas le servian.

Bien hubiera querido precipitarse ella en aquel mismo rio,

mas pensaba en la dolorosa sorpresa de sus hijos cuando se hallara su cadáver arrojado á la orilla por las turbias ondas, y desistió de la idea de buscar una muerte pronta; la del veneno, la del puñal, tenían las mismas dificultades, y optó por la más dolorosa para ella, ansiando, ante todo, no herir con una funesta sorpresa, á los seres que amaba con tanto delirio.

Optó, pues, por la muerte de hambre, la más lenta, la más dolorosa de las muertes; pero la única tambien que podia engañar á sus hijos.

¿Puede encontrarse un ejemplo más heroico de abnegacion maternal?

Algunos días pasaron: la madre recibia siempre á sus hijos á media luz, y con la sonrisa en los lábios.

Un día se la hallaron muerta en su lecho: á su lado habia un pergamino que contenia estas palabras, escritas con mano trémula:

—¡Hijos míos, no existiendo yo volvereis á Roma y al lado del emperador... adios, y perdonadme si os dejo!

El médico, llamado para que examinase el cadáver, declaró que Agripina se habia dejado morir de hambre; y sobre los restos de aquella madre heroica, hizo Caligula, el mayor de sus hijos, el juramento de aquella venganza que se cumplió y que asombró á toda la tierra.

Aquel rasgo de amor maternal ha vivido como un ejemplo sublime á través de los siglos; y sin embargo, yo creo que en nuestros días hay muchas madres capaces de hacer lo mismo que la ilustre matrona romana.

II.

Hay en la madre tal abnegacion, tanta ternura, tan natural inclinacion al sacrificio, que nada le cuesta exponer, y aún dar la vida por sus hijos.

En mi concepto, el sacrificio moral de la madre es más meritorio y más sublime que el material que hizo Agripina; la influencia de aquella en la familia es hoy de la más alta importancia, y crecerá aún, cuando se eduque á la mujer con más esmero y cuidado del que se ha empleado hasta el día.

Una madre puede hacer de su hijo lo que quiera, y este axioma, que puede afirmarse como una verdad, le vemos comprobado en dos hombres eminentes, contemporáneo el uno, y el otro nacido en época no remota.

Alfonso de Lamartine debe á su madre, si no su talento, el rápido desarrollo del mismo, y el carácter noble y elevado que este mismo talento tomó: aquella madre bella, poética, entusiasta, tierna y melancólica, modeló á su imagen el alma de su hijo; ó más bien el alma del poeta, era en las manos de su madre, un instrumento sonoro del que sacaba celestiales melodías.

Ya en la ancianidad, el poeta se acuerda todavía con ternura de aquella madre, que, vástago de una de las más ilustres familias de Francia, se encerró con su esposo, sus hijos y un libro de oraciones en una pobre casa, antigua y desmantelada, donde todo su recreo consistia en mirar el cielo á través de los viejos árboles y enseñar á su Alfonso á pensar y á sentir.

Bien se conoce en los escritos del poeta que el talento de una mujer hizo brotar y dirigió sus primeras impresiones: de ahí proceden esa melancolía que resalta en ellos, esa dulzura en los giros, esa belleza en las imágenes, esa inquebrantable fé religiosa, esa esquisita elegancia, esa poesia inagotable que se advierten en todas las obras de Lamartine; sus detractores dicen que su pluma es *un tanto femenina*, y tienen razon: ese es el más alto elogio que se puede hacer de su madre.

Cuando el poeta, hombre ya, deja para ir en busca de la fortuna el dulce abrigo del ala maternal, aquel cariño tierno é inteligente le sigue por todas partes, excusa sus errores, le socorre secretamente en sus locos gastos; y cuando llega la hora del amor para Alfonso de Lamartine, la dulce madre comparte con el corazón de su hijo, no solo todás las penas, sino todas las punzantes emociones de una pasion, acaso culpable, pero verdadera y profunda.

III.

En todos los escritos de Lamartine reside el alma grande, bella, piadosa, tierna y apasionada de su madre; si todos los hombres tuviesen una madre como aquella, habria tambien más nombres gloriosos en el mundo, y las malas pasiones no tendrían tanto imperio.

Como se vé, no quiero aquí hablar del amor ciego é inteligente de la madre que solo alcanza á desear una absoluta dominacion sobre sus hijos, y que más que abrirles el camino de la vida y de la inteligencia, se los obstruye todos. Hablo del amor á la vez inteligente y apasionado, como del bello ideal del cariño maternal; pero aún aquel es á mis ojos respetable, pues si en sus manifestaciones es errado, en el fondo es grande y lleno de abnegacion.

En el artículo siguiente hablaré de la triste influencia que su madre ha tenido en el destino de otro hombre ilustre, y á la vez muy desventurado.

Marta del Pilar SINUES.

RIMAS.

I.

¿Qué música era aquella tan sublime
que oíamos los dos,
aquella hermosa noche, en que la luna
bañaba mi balcon?
¿Qué música era aquella? ¿No recuerdas
el nombre del autor?...
¡Diera por escucharla nuevamente
todo mi corazón!...
Dulce como de un ángel la sonrisa;
bella cual la ilusion:
¡Era un trozo de música divina
que hallar no puedo yo!
¿Mas callas?... ¡Ya lo entiendo! Aquel sonido
era... cualquier rumor...
Mi alma siendo feliz, lo encontré bello,
no digas más por Dios...

II.

Arrastrando las sedas y las blondas
una dama pasó con altivez,
y del mendigo que en la esquina estaba
se apartó con desden.
Una jóven vestida con modestia
llegó poco despues;
al pobre socorrió, y al socorrerlo
le habló con interés.
El mendigo al mirarlas alejarse
murmuraba:—¡pardiez!
que el que engarza las almas á la vida
no las engarza bien!
Al alma de oro puro le dá trapos
de pobre sencillez;
y envuelve en seda, terciopelo y blondas
el alma de *double*.

III.

Estaba enumerando sus encages
sus brillantes de régia esplendidez,
te miré por azar, y sonreías...
¿Pensabas tú si es eso una mujer?...

IV.

No digas:—¡Sin su amor me moriría!
tú no puedes sentir
lo que siente una madre sin su hijo,
y... ¡sufre sin morir!

Patrocinio de BIEDMA.

LA EMANCIPACION DE LA MUJER POR EL CRISTIANISMO.

ESTUDIO HISTÓRICO.

(Conclusion.)

¿Era acaso la mujer gentil mas cruel por naturaleza que nosotras? ¿Era mas inhumana, mas desprovista de misericordia, y de todos los instintos dulces y compasivos, que son patrimonio casi exclusivo de nuestro sexo?

¿Dios al crearla sonriente y bella, de cándida frente y amorosa mirada, pudo contradecirse á sí mismo...? ¿Pudo ser inconsecuente una vez sola, prescindiendo de la eterna armonía que admiramos en el resto de sus obras...?

No.

Es que la mujer pagana sufría la influencia de la atmósfera perniciosa que la rodeaba, y nada más.

Nave sin rumbo cierto, sin brújula, sin timon y sin faro; ciego y extraviado caminante, peregrino sin guía, en aquel mundo idólatra y materialista en que el presente lo era todo y nada el porvenir; en que cada pasión estaba representada por un dios; en que la *Venganza* convertida en divinidad era incensada en los altares, y en que se sacrificaban multitud de víctimas humanas á todos los delirios de la fantasía deificados por el hombre; teniendo los juegos del Circo por todo recreo, y las hecatombes de los prisioneros de guerra degollados á millares ó arrojados á las fieras del Anfiteatro por único espectáculo, ni podía lógicamente ser otra cosa, ni poseer una sensibilidad enteramente incompatible con los ejemplos que la rodeaban por todas partes; incompatible con su educacion, y hasta incompatible con el aire que estaba respirando.

Tal era el estado de la sociedad, tal la triste condicion á que se hallaba reducida la mitad mas débil, la más indefensa del género humano, cuando Jesucristo, con la paz en la frente, con los ojos fijos en el cielo, con las sandalias del peregrino en los sagrados piés y su bordon en la mano, se presentó entre los hombres: y extendiendo hácia ellos sus amorosos brazos.

—«Venid á mí...—les dijo;— ¡todos los que llorais en este valle de amargura, y sereis consolados!»

Y entonces el Dios-Hombre, seguido y rodeado de un numerosísimo concurso en que el elemento femenino predominaba, recorrió calles y plazas, ciudades y aldeas, plazas y sinagogas, y habló á las multitudes enseñándoles la Ley del Padre y las verdades eternas.

Incapaz de temor y de injusticia, el divino Maestro supo dar lecciones á los reyes, á los emperadores y á todos los grandes de la tierra sin ofenderlos; proscibió la tiranía y la soberbia; consoló á los pobres sin lisongear sus vicios, ni alentar sus instintos envidiosos, y predicó la paciencia, el sufrimiento, la resignacion, la caridad y la misericordia y el perdón de las ofensas, virtudes desconocidas hasta entonces.

Santificó la humildad y la pobreza, digna, laboriosa y honrada, señalándolas como agentes los mas seguros é infalibles para conseguir la salvacion; gloriosa *meta* donde deben encaminarse todas las aspiraciones cristianas. Mostróles el firmamento tachonado de estrellas con su potente diestra, y más allá al Juez Supremo, principio y fin de todas las cosas, Dios único, única Verdad, y Equidad eterna, teniendo en una mano la copa de las lágrimas, y en la otra la inmarcesible palma de la recompensa.

Dijoles, que ante el nivel divino, todos los séres humanos eran iguales: hombres y mujeres; ricos y pobres; emperadores y esclavos: y que ante su eterna ley, no serían los mas grandes los primeros, sino los mas humildes, si eran los que menos habian pecado.

La humanidad tenia ya una patria: *el cielo*: tenia una esperanza: *la inmortalidad*.

La dulce voz del Hijo de Maria, habia hecho vacilar aquella sociedad caduca sobre sus cimientos apolillados: á su eco glorioso esparcido por todos los ámbitos del mundo, rugió el dragon infernal allá en el fondo del abismo amarrado de nuevo á su cadena. Hundiose para siempre en el polvo de los escombros el ara gentilica, con sus guirnaldas marchitas y sus sacros fuegos apagados, y cada uno de sus falsos dioses fué trasformado en un asqueroso demonio, simbolo y emblema de una pasión de las que esclavizan al hombre, convirtiéndole en bestia ó en fiera.

Entonces la mujer, semejante al fénix que renace de sus propias cenizas; semejante á la mariposa que rompe su frágil cárcel de crisálida; semejante á Lázaro, cuando á la voz del Salvador del Mundo se levantó sano y salvo de entre los gusanos de la sepultura, para volver á la vida física, así la mujer se alzó á la misma voz divina y redentora de enmedio de toda aquella pagana podredumbre que la tenia cautiva, para volver á la vida civil y á la posesion de todos sus antiguos derechos.

La mujer, fué, pues, emancipada y restablecida en su igualdad primitiva con el hombre, por la Ley de Jesucristo resumida en estas palabras:—«*Compañera te doy y no sierva.*»

Por el Cristianismo fué ensalzada á sus propios ojos, cuando más miserable y más envilecida yacía. Por el Cristianismo fué honrada y devuelta á los puros goces de la familia; á las santas alegrías del hogar. Y sin el Cristianismo, sin sus dogmas divinos que nos hacen ver un hermano en cada individuo de la raza humana, no veríamos hoy á la mujer, convertida en ángel de caridad y abnegacion, bajo el tosco sayal y la humilde toca de las hijas de San Vicente de Paul, desafiando á las balas entre los heridos del campo de batalla, jugando su existencia á *cara ó cruz* en las salas de los tifoideos y de los coléricos, ó pasando las noches en vela cual madre amorosa y solícita á la cabecera de las cunas de pobres niños abandonados.

¡Oh vosotros...! los que ingratos, alucinados ó ilusos, pretendéis arrojar á Dios de sus altares, y despojar á Jesucristo de su divina esencia, dejándole reducido á la entidad de simple legislador. Vosotros los que negais á la Religion Cristiana, su patente supremacía sobre todas las religiones conocidas... Los que escribís y perorais contra el Cristianismo y sus prácticas innecesarias ya en la sociedad actual, por ser aquellas demasiado añejas y esta suficientemente ilustrada... Los que intentais borrar del corazón de la mujer y de su mente la santa doctrina de Jesucristo... ¿Cómo ó con qué pensabais que reemplazaría las virtudes que ella impone...? ¿Con qué egida la defenderíais de las seducciones del mundo...? ¿de su credulidad, de su inesperienza...? ¿Qué dique opondríais á los ímpetus del corazón juvenil, ávido de sensaciones que no siempre se deja enfrenar por la razon...? ¿Cómo atajaríais el vuelo de su pensamiento á quien solo la Religion Cristiana, entre todas las religiones de la tierra ha podido decir hasta este dia:—*¡De aquí no pasarás...!*

¿Cuál sería entonces su áncora de salvacion...? ¿Cuál la garantía de vuestro honor, de vuestra seguridad personal, en aquel probable naufragio...?

¿Quién enseñaría á vuestros hijos á sufrir con paciente resignacion todos los caprichos egoistas de la ancianidad, todas las impertinencias que esta trae consigo?

¡La Religion Cristiana! ¡solo la Religion Cristiana...! No os hagais ilusiones.

Suprimid el Cristianismo, y apesar de vuestra civilizacion, apesar de todos vuestros esfuerzos, tendreis antes de mucho una sociedad de fieras.

Por deber, por gratitud, y hasta por egoismo, debemos ser cristianos.

Solo el Cristianismo, la primera, la mas grande y completa, la mas sublime de todas las civilizaciones antiguas y modernas, es la que alcanza á dar á la mujer la dulzura, la

dignidad, la modestia, la paciencia, la tolerancia y la fidelidad conyugal, que trasforman el hogar doméstico en un remedo del Paraíso.

Seamos, pues, cristianas, mis amables lectoras, y seámoslo desde el fondo de nuestros corazones, en toda la acepción de la palabra.

Micaela Muñoz de CAVANILLAS.

EL ATEO.

Dios es la esencia, es la vida
Del gran pensamiento humano;
Su existencia es un arcano
Que á meditar nos convida.

Él palpita en la creacion,
En el aire y en el fuego,
En el puro y santo ruego
Que eleva la religion.

Y agitándose doquier
Su infinita providencia,
Él conduce á la conciencia
Por la senda del deber.

Presta alivio al desgraciado
Y al desvalido esperanza,
Mantiene la confianza
Del triste necesitado.

¿Quién negará su existir
Y quién su Divino Nombre
Cuando en todo mira el hombre
Su Omnipotencia lucir?

La magnífica creacion
¿Quién la dirige y gobierna?
¿Por quién vive, por quien reina
La sagrada inspiracion?

Existe en la humanidad
Quien en tiniebla sumido,
Niega osado y atrevido
Tan infinita verdad.

Quien se rie de la gloria
Por Jesucristo ofrecida,
Quien dice que no hay más vida
Que la vida transitoria.

Hombre sin fé ni razon
¡Despierta del loco ensueño!
Que es bien misero y pequeño
Tu insensato corazon.

¿Quieres á Dios contemplar,
Su grandeza omnipotente?
Humilla tu altiva frente
Y comienza á meditar.

Mira ese mar poderoso
Cuando en furia desatado
Ruge desencadenado
En su cáuce portentoso.

Escucha su acento insano
Bramando con ánsia loca;
Mira estrellarse en la roca
El esfuerzo sobrehumano.

Del triste y pobre bajel
Que lucha en el mar perdido;
Escucha el rezo, el gemido
De aquellos que ván en él.

Mira el campo y mira al suelo
Esmaltado de verdura;
Mira el monte, la espesura,
La extension azul del cielo.

Mira la palma que crece
Solitaria en el desierto;
Escucha el magno concierto
Que en la natura aparece.

Si aún no comprendes á Dios
Y su grandeza infinita,
Mira el astro que gravita
El uno del otro en pos.

Y acalla tu voz impía
Y confésate humillado
Ante ese poder sagrado,
Ante esa ley de armonía.
Estudia tu doble ser
Y examínate á tí mismo,
Que el hombre hasta en su organismo
Siente de Dios el poder.

Rosa Martinez de LACOSTA.

A MI HERMANA PILAR.

¿Qué solos se quedan los muertos!

BECCUER.

El viento hacia gemir las ramas de los árboles. Los cipreses, esos mudos compañeros de los muertos, mecían majestuosos su ramaje verde. Todo era calma á mi alrededor. Solo algun errante pajarillo, de esos que vagan sin rumbo fijo, se posaba sobre el follaje, regalándome sus trinos. Los últimos rayos del sol, se ocultaban tras elevadas montañas. Era esa hora melancólica y dulce, en que el alma se inunda de un éxtasis arrobador; hora, en que los pensamientos de los seres que se aman, se comunican á pesar de inmensas distancias; hora en que el ateo debe volver la vista al cielo y creer en Dios. Me hallaba junto á las tapias de un cementerio. Una llave que se introdujo en una cerradura, una puerta, cuyos goznes enmohecidos rechinaron al abrirse, me hizo volver del mundo ilusorio, por el cual vagaba mi fantasia, al mundo de la realidad en que me hallaba. Un hombre, ya anciano, era el que franqueaba la entrada al lúgubre recinto; algunas personas le acompañaban. El cementerio era pobre; allí no habia panteones lujosos, última ostentacion mundana que embellece esos lugares. Tampoco habia flores. Nada sonreía, todo hablaba de la muerte. El pavimento era de tierra arenosa, y dos calles de cipreses, el solo adorno de aquella mansion que se elevaba en la cúspide de una montaña, como si sus habitantes necesitasen respirar un aire puro y perfumado. Seguí impelida por la curiosidad la silenciosa comitiva; sin duda habia depositado un cadáver y venían á darle sepultura. Efectivamente: en un departamento húmedo, casi á la intemperie, sobre unos toscos maderos, distinguí llena de emocion un pequeño ataúd blanco y celeste en que descansaba una niña que representaba dos años. Una dolorosa impresion me sobrecojió, y dejé correr en silencio las lágrimas que brotaron de mis ojos.—¡Yo tengo dos hijas!—Uno de aquellos hombres, hechando hácia atrás la capa con que se resguardaba del aire helado que allí se sentia, cayó de rodillas junto al cadáver, y derramando copioso llanto se abrazó con delirante ansiedad al ataúd que encerraba el cuerpo que le habia pertenecido, y que la muerte le arrebataba. El dolor de aquel padre, desgarraba mi corazon; sentí que mis piernas flaqueaban; todo daba vueltas en torno mio, flotando ante mis ojos, aquel pequeño ser que abandonó la tierra sonriendo.

—¡Concha, hija mia, esto es lo último que puedo hacer por tí!—Estas palabras que el infeliz padre, repetía entre sollozos convulsivos cubriendo de ruidosos besos aquella carita inanimada, me hicieron lanzar un gemido y caí desvanecida sobre una piedra.

Cuando volví en mí, todos habian desaparecido respetando mi dolor.

Estaba sola con aquella criatura que me hacia pensar en mis hijas, que me sonreía, y á través de sus párpados de nitida transparencia, me enviaban una mirada de gratitud, sus ojos que yo adivinaba encantadores. Me arrodillé con fervorosa piedad; incliné mi rostro sobre el suyo helado, que aún conservaba una esplendente belleza, y deposité un beso en su pálida frente rodeada de rizos color de oro, bañando con mis

ardientes lágrimas su boca siempre sonriente. Sus manecitas cruzadas, aprisionaban un fresco ramo de flores, del cual temblando de emoción me atreví á tomar una que oculté en mi pecho. Ya era tiempo; los hombres volvieron á aproximarse y en medio de un silencio sepulcral, interrumpido á intervalos por los sollozos de aquel padre, que á pesar de su robusta naturaleza, estaba empuñecido por tan rudo golpe, se clavó el ataúd que encerraba el inapreciable tesoro, por el cual una madre lloraba sin duda en aquel momento. Dos hombres lo tomaron en brazos, y volví á quedarme sola sin poder separar mis miradas de los maderos que ya no sostenían aquel leve peso.

Las sombras de la noche iban envolviendo cual fúnebre crespon el lugar en que me hallaba.

Los pasos de aquellos hombres que sin acordarse de mí, se alejaban rápidamente, me hicieron despertar de aquel ensimismamiento de todas mis facultades, y maquinalmente, impulsada por una fuerza nerviosa, me dirigí á la puerta y aspiré con ansia el aire libre de la montaña impregnado de salutíferas emanaciones. El viento, bastante récio de aquella fría tarde de Febrero, secó mis lágrimas y unas voces infantiles que hirieron mis oídos hicieron palpar mi corazón con alegría.

Unos brazos enlazaron mi cuello.
Aún era feliz: ¡tenia mis hijas!

Teresa RAVELLA.

LA FÉ.

SONETO.

Bella figura dó la mente errante
Posarse quiere en su deidad divina,
Severa imágen, dulce y peregrina
Embellecida por la luz radian'e.

Llama que abrasa; mas que no calcina,
Santa aureola esparce en tu semblante,
Bondad sin par que rémora constante
Refleja con candor una doctrina.

Faro de paz que se antepone al suelo
Y al hechizo fatal del mundo vano
Colma de dicha celestial tu anhelo;
Si ciega está su vista; ¡oh grande arcano!
¿Quién te inspira esta fé sin ver al cielo?
La santa cruz que ostentas en la mano.

Elisa Casas VIGO.

LA EXPOSICION DE PLANTAS Y FLORES en Valencia.

¡Plantas y flores! ¡Qué hermoso epígrafe! ¿Cuál mejor cuadrara á un artículo que vé la luz en este *Semanario*? Y sin embargo, no tiene nada de metafórico: porque plantas y flores, flores y perlas, y colores y aromas y luz y armonías, es lo que los sentidos estasiados contemplan en la fantástica Exposición de la Glorieta: hasta el nombre del local es poético y significativo.

Para aquellas de mis amables lectoras que no hayan experimentado la dicha de ver este hermoso concurso, trataré á grandes rasgos de bosquejarle, porque pintarlo descriptivamente es imposible, al menos, para mi menguada pluma.

Figuraos un jardín irregularmente cuadrilátero, rodeado de elegante verja y cimentado en el primer cuarto del siglo, por iniciativa del malogrado general Elío. Esto, os pondrá en la perspectiva de su estilo arquitectónico, que el tiempo con su gusto y su cultura ha ido sucesivamente modificando. Presenta uno de sus frentes á la ciudad, en uno de cuyos extremos, quizá el mas céntrico, se halla situado; el otro al comienzo del camino del mar; su flanco derecho está sombreado por la mole colosal de la Aduana (hoy fábrica de Tabacos),

que el rey Carlos III hizo edificar; y el izquierdo, que se tuerce algo, enfrenta en parte á las ojivas y almenas de feudal castillo que es cuartel de artillería; la brisa del mar próximo le orea, las flores todas de este privilegiado suelo y los árboles y plantas mas exóticas lo adornan; tiene un casino lateral, que cubre poético emparrado de madre selva y begonias, en cuya plataforma toca la música en las noches de verano y á cuya continuacion se extiende el invernadero; una fuente monumental, con ancho pylon y gradería de mármol que sustenta la atlética escultura de un impudente Triton; rodéandolo bancos de piedra que cierran los diferentes plantíos con estatuas, y en la extension de sus calles se esparcen multitud de metálicas y frescas sillas. Este es el esbozo del jardín en su existencia ordinaria; pero ahora, en el presente Mayo, la *Sociedad Valenciana de Agricultura*, en union del Municipio, han convertido el clásico paseo, en una mansión de hadas, con motivo de exponer los adelantos de nuestros horticultores, y estimular su celo y arte con codiciados premios.

Levántase en el centro del crucero, el pabellon de la Sociedad iniciadora: su aérea esbeltez, su construcción chinesca, su adorno inteligente y gracioso, así como su iluminación variada y multicolora por la noche, son indescriptibles; sobre su entarimado ameniza la orquesta, dirigida por la batuta del activo maestro Valls, la velada. Al extremo opuesto del salon central está emplazado un morisco pabellon de afligranadas columnas y recortes, que, cual morada de la sultana dueña de aquel Eden, encierra los premios del certámen, unidos á profusion de pinturas de flores, de colecciones de vistosos insectos, de obras de cerámica y productos agrícolas del país. Y esparcidas por los andenes, adosadas á la verja, ora elevadas, ora rastreras, figuran multitud de instalaciones; unas simétricas, formadas por listones de madera que el arte del constructor, con ayuda de algunos toques del pincel, han convertido en poéticas cabañas de junco; otras de formas arabescas ó de kiosco, forradas de telas y adornadas de oro y de colores; figurando en unas, frutas tempranas, licores, aceites y semillas; en otras, aves y cuadrúpedos compañeros de la agricultura; en otras, maquinaria y útiles del campo; pero entre todas, descollando como soberanas, las de flores, plantas y arbustos, que formando ya macizos de césped bordados de rosas y claveles, coronados por coleos y geránios de mil tonos y matices diferentes; ya simulando niños bosquecillos, en que los palmitos y quitasoles de aterciopelada hoja descuellan, aprisionando entre sus redes los cactus espinosos y los amariposados pedargonios y pensamientos; ya ostentándose en floreros, jarrones, copas y vasijas de cien formas, cubren varias mesas, que vistas á distancia parecen inmensos ramos caprichosos, ó diminutos pensiles elevados de sobre el suelo, por virtud de algun mágico géneo que en aquellas rientes florestas impera.

Aquí se observa un mitológico lago rodeado de verdura, lecho de nenúfares y espigados juncos, por cuya cristalina superficie surcan blancas ocas y ánades grises, de cola escarolata y de verde-tornasolado cuello, que responden con sus graznidos, al grito estridente del ufano pavo real y á la jerga parlara del loro y guacamayo prisionero en sus inmediaciones: préstanle grata sombra y protector abrigo las ramas pendientes de un copudo sauce. Y los conejos silvestres corretean saliendo de su madriguera; y los faisanes de plumaje granate y oro, pasean su hermosa cola por entre veinte variedades de originales palomas y gallinas que hacen la corte á sus hermosos arrogantes machos; mientras que encerrados en artística pajarera, brincan retozones muchedumbre de pintados pajarillos armonizando el conjunto con sus trinos.

Allá se destaca una rústica caseta de troncos y estalacticas piedras construida, que parece trasplantada de una ladera de los Alpes, y encierra los productos de feraz colonia agrícola: nispolos dorados, exóticos plátanos, aromáticos

fresos, fragantes albaricoques, rojas y tempranas cerezas, verdes almendras, uvas añejas, y naranjas y melones y vinos y aceites y flores diversas; todo dentro de ella se halla pintorescamente acumulado y dispuesto, haciendo á la imaginacion arrobarse ensueños de dulce fantasía, al encontrarse uno en aquel recinto de faunos y de driadas.

Pero todos estos encantos, toda esta maravillosa decoracion cobra mayor tonalidad y se transforma cuando llega la noche y los vários faros de luz eléctrica se encienden: entonces los objetos toman un matiz plateado, que hace difusos sus perfiles y como transparentes sus masas, sobre el suelo se dibujan vaporosas sombras que parecen flotar en el espacio, en union de los perfumes y aromas que se esparcen con mayor fragancia de millones de colores diferentes.

La luna apareciendo en su pleno, en el azul firmamento, por entre las copas de un soto de añosos y gigantes pinos, aparenta ser otro fanal de los eléctricos que pende de sus ramas; las fuentes susurrando, quiebran en cambiantes de nácar y diamante la luz al atravesar los hilos de sus surtidores y las ondulaciones y espuma de sus estanques; las esbeltas palmas entretejen sus curvilíneas hojas entre las listadas telas que forman entoldados protectores; el murmullo de la conversacion, el roce de la seda y los acordes de la orquesta animan el ambiente; y al ver cruzar las alegres parejas con la sonrisa del íntimo placer en los labios, *ellas* con su griego ó arábigo perfil, y sus ojos luminosos, *ellos* ostentando su gallardo continente, todos al parecer felices y contentos, creéis por un momento que el pesar y el dolor han huido de sobre la faz de la tierra, ó bien que por mágia de talisman poderoso os hallais trasportadas á la realizacion de un cuento, de los que la fogosa imaginacion de Galland, pone en boca de la esclava Scherchazada.

Amparo Martínez de VIDAL.

EUFRASIA

HISTORIA DE UNA POBRE MUJER

escrita en francés por Matilde Bourdon,

Y TRADUCIDA

por MARIA DEL FILAR SINUÉS DE MARCO

PRIMERA PARTE

(Continuacion.)

Eufrasia veía, comparaba, y sin que pensase en enjugarlas, lágrimas amargas rodaban por sus mejillas: ese sentimiento que es á nuestro corazon lo que es la hiel á nuestra boca, la envidia, la poseía por completo; la pobre niña envidiaba todo lo que veía; aquellos viejos sonrientes, aquellos niños risueños, aquellas jóvenes obreras que parecían tan contentas de vivir, y que hablaban de una puerta á otra, sin pensar en su infeliz compañera; aquellas jóvenes ricas y dichosas á quienes el cielo prodigaba tantos bienes, todo era para ella objeto de envidia y de amargura; envidiaba hasta á la pobre golondrina que rozaba los muros, y que lanzaba al aire sus pequeños gritos salvajes: envidiaba la vida, y envidiaba la muerte, porque una vez volvió los ojos hácia un rosalito que se hallaba en una maceta en el ángulo de la ventana, y que se habia secado falto de cuidados, y murmuró:

—¡Yo quisiera estar muerta tambien, para no ver ni oír ¡oh rosalito! ¡tú ya no sientes ni el frio ni el descuido de mi madre! ¡te ha olvidado y has muerto! ¡dichoso tú!

La pobre criatura, inclinó la cabeza sobre el tronco seco que ya no daría más rosas, y prorrumpió en sollozos.

—¡Eufrasia! dijo la débil voz de la abuela: ¡Eufrasia! ven aquí á mi lado.

Ella obedeció: la anciana la miró con una profunda sim-

patía; y dos lágrimas se deslizaron tambien por sus flacas mejillas sin que sus manos muertas pudieran enjugarlas.

—¡Pobre hija mía! murmuro: ¡qué triste estás!

—¡Todo vá tan mal! respondió Eufrasia confusa de haber dejado adivinar su pena: ya veís, abuela, que yo trabajo con todas mis fuerzas: algunas veces, estoy rendida de permanecer en pié durante todo el dia, entre esos telares, siempre prontos á herir, agobiada de calor, ahogada con el vapor del carbon de piedra...! lloraba ahora, pensando en las obreras que están en una situacion menos dura, que están sentadas apaciblemente al lado de una ventana, y que cosen lindos vestidos: y sin embargo, yo no me quejaría del trabajo, si estuviera un poco mejor en casa: pero ya lo veís, abuela, apenas pan, nada de vestidos y además no oigo una palabra dulce! todo se puede sufrir por una palabra dulce ¿no es verdad?

—Ten paciencia, hija mía, las cosas mejorarán quizás.

Eufrasia sacudió la cabeza, y dijo con la energía de la conviccion:

—¡Jamás!

La anciana guardó un triste silencio, que parecía apoyar la conviccion de su nieta: esta continuó despues de un instante:

—¿Y vos, abuela, erais dichosa cuando teniais mi edad?

—Tambien era pobre, hija mía.

—¿Pero era malo vuestro padre? ¿pegaba á vuestra madre?

A esta pregunta, las mejillas de la anciana se colorearon y respondió:

—Mi padre y mi madre eran las personas más dignas, los mejores cristianos que habia en mi aldea! jamás oí entre ellos una palabra dura! ¡jamás un juramento! Nuestra casita era un paraíso; mi padre tejia telas: mi madre hilaba: ambos iban á vender al mercado la pieza de lienzo que habian hecho juntos, y esto nos ayudaba á vivir: era el trabajo de las noches de invierno: teníamos además un campo que cultivábamos, y padres é hijos nos ocupábamos en él; era yo pequeña y ya arrancaba las malas yerbas: más grande aprendí á segar: teníamos lo justo para vivir pero no pedíamos más; el pan, la leche convertida en queso y las patatas, estaban siempre á la disposicion de nuestro apetito, porque mi buena madre era muy cuidadosa y muy activa: teníamos dos vestidos y dos pares de zapatos para cambiar, un buen jergon cada uno, sábanas limpias para dormir: ¿qué más se necesita? nuestra casa estaba tan limpia como el palacio de un rey, y no he visto nunca mas hermosas cerezas, que las que daba nuestro gran árbol, que se cubria de flores blancas en el mes de Mayo! ¡eran tan hermosos aquellos campos! veíamos al sol levantarse por encima del bosque, y acostarse al final de una llanura que se perdía de vista: ¡yo amaba mucho mis campos!

—Y aquí, mi pobre abuela, no teneis nada de eso: ¡es tan triste este callejon! ¿y siempre habeis estado tan bien, abuela?

—Cuando me casé, sí, hija mía: tu abuelo era un buen hombre, temeroso de Dios, laborioso y servicial para todos: era capataz en una hermosa casa de campo, y se quitó la vida á fuerza de trabajar!

—¿Y por qué mi padre ha venido á trabajar á una fábrica, en lugar de seguir en el campo?

—Ese era su deseo, respondió tristemente la abuela.

—Y vos le habeis seguido...! ¿de modo que le amais mucho?

—Sin duda, hija mía, una madre ama siempre á su hijo.

Eufrasia quedó pensativa: parecía reflexionar y Aldegun-da repasaba los recuerdos que acaba de evocar, y se decia que ya no volvería á ver más aquel cielo, los dilatados horizontes, en los que el sol se vestía de púrpura por las mañanas, y la llanura que doraba por la tarde y los rostros queridos que ya cubria la tierra: Eufrasia meditaba tambien; pero ni aún en su pasado más lejano hallaba un rincón azul y risueño donde poder reposar: sobre el lienzo de su joven memoria, solo se dibujaban privaciones, miserias, desden, es-

cenar de violencia y de dolor: la abuela al ver que se había entristecido de nuevo, quiso distraerla, y la dijo:

—¿Por qué no lees un poco en el libro que las buenas hermanas te han dado en premio?

—Probaré, dijo Eufrosia: más apenas sé leer!

Las pobres criaturas sólo poseían un libro: la *vida de la bienaventurada Germana Cousin*, narrada con el estilo más sencillo, é impresa con gruesos caracteres. Eufrosia se puso á leer lentamente aquella triste y tierna leyenda: era la historia de una angélica niña, pobre, enferma, maltratada por una madrastra, abandonada por un padre indiferente, desdeñada de todos, pero querida de ese Dios que vino á la tierra naciendo en un establo, y que murió en una cruz: los sufrimientos de Germana las conmovieron: su paciencia celeste, las hizo llorar: ambas admiraron el dulce milagro de las rosas, y después de un rato de lectura, dijo Eufrosia ingenuamente:

—¡Ha habido sobre la tierra gentes más desgraciadas que nosotras!

—Ya ves que sí, hija mía, y que Dios las ha recompensado.

—¿De veras, abuela?

—Segura estoy, respondió la anciana con una profunda convicción: cuanto más se sufre acá abajo con paciencia, más dicha hay en el otro mundo: ¡Dios es justo! tú tendrás muchas penas durante tu vida: súfrelas, hija mía, sopórtalas por su amor, y piensa en la bienaventurada Germana.

Ambas quedaron en silencio pensando en esta historia que tan poderosamente las había cautivado; y Germana, radiosa entre el coro de las Vírgenes, debió sonreír á estas pobres criaturas que su ejemplo consolaba en la tierra.

IV.

Santiago Senechal volvió muy tarde aquella noche, y al día siguiente salió tan temprano, que su mujer y sus hijos no se habían levantado todavía: mas al mediodía volvió, y fué á apoyarse en la chimenea, arrojando en torno suyo una mirada sombría y de mal agüero.

Era un hombre de poca talla, robusto y rechoncho: su figura basta, debía á la intemperancia de sus costumbres una expresión bestial, y en sus ojos azules, inyectados de sangre, se encendía á la más leve contradicción una centella roja, indicio irrecusable de la violencia de su carácter.

Aquel día, su mujer que preveía el huracán, no se atrevía á hablar, y sin alzar los ojos, seguía lavando algunas camisas. Eufrosia se ocupaba en remendar la blusa de su hermano, y este jugaba con unas castañuelas, formadas por dos pedazos de teja: los niños flamencos aman mucho ese juguete, remedo de España.

La abuela sentada sobre el lecho, hacia calceta en silencio.

—¡Cállate!—dijo bruscamente Santiago á su hijo.

Yendo en seguida hácia su mujer, añadió:

—Dáme dinero.

Ella le miró con aire espantado, y murmuró con terror:

—¡No tengo ni un céntimo!

—¡Ni un céntimo! repitió Santiago: ¡mientes! ¿y lo que te di el otro día?

—¡Se lo he dado al casero!

—¿Y la semana de los muchachos? preguntó de nuevo el marido cada vez más impaciente.

—¿No era preciso pagar el pan, y traer patatas y jabón para lavar? ¡Si no quieres creerme, mira!

Arsenia, al decir estas palabras, volvió del revés los bolsillos de su delantal, arrojando á su marido una mirada irridada y medrosa á la vez. Oyóse un ruido metálico. Santiago se inclinó; pero solo recogió del suelo el dedal de cobre de su mujer.

—¿Lo ves?—dijo ella con aire de triste triunfo.

—Lo que veo, repuso Santiago mostrando por grados su cólera, lo que veo es que los señoritos no ganan nada, y que es preciso poner orden.

—¡Es muy justo!—exclamó Arsenia irritada á su vez: cuando el padre no tiene el valor del trabajo, los hijos han de redoblar su tarea.

Un violento bofetón, cayó sobre la mejilla de la pobre mujer.

Santiago, después de este acto de brutalidad, levantó bruscamente á Juan del suelo donde estaba sentado, y le dijo:

—Vas á venir conmigo á ver á Mr. Belfons: se te empleará en la cardería, y me ganarás algo más que un escudo á la semana.

—¡A la cardería!—exclamó Arsenia, pero infame, deseas la muerte de tu hijo! no tienes entrañas!

Santiago la rechazó con una puñada, y aunque su madre le llamaba con voz débil, salió llevándose á Juan que temblaba, como el rey de los *anlues*, en la balada, se lleva al reino de las sombras á un pobre niño espantado.

Las tres mujeres quedaron consternadas.

—¡A la cardería!—exclamó Arsenia rompiendo el silencio: mi hijo será hecho pedazos, y es el verdugo de su padre quien le envía allí.

La cardería es en efecto el lugar más peligroso de los talleres: expuesto para todos, es casi mortal para el aturdimiento de un niño.

Esperose la noche con inquietud: más cuando Juan subió á su casa, parecía ya familiarizado con el peligro: habló con cierto orgullo de los puntos agudos, de la rotación rápida de aquella terrible máquina, á la cual debía él con sus dedos de niño proveer de la lana que carda y divide: parecía muy contento de estar en contacto incesante con el peligro, y de estar á la vez más expuesto y mejor retribuido que sus camaradas.

Su madre se tranquilizó: al fin de la semana el aumento del jornal la consoló, y ayudando la poderosa costumbre, casi no pensó ya en el riesgo de mutilación ó acaso de muerte que amenazaba de continuo al pobre niño, y que en una edad en que no hay memoria debía castigar el más pequeño olvido: además, cuando pensaba en esto, se decía:

—¿Qué puedo yo hacer? si mi hijo sufre, ¿es culpa mía?

No obstante, aquel corazón helado por la miseria, y endurecido por los malos tratamientos, aquel pobre corazón de madre, se despertó cuando después de pasadas algunas semanas vinieron á decirle, que el niño, víctima de una ligera distracción, se había deshecho los dedos en el cruel encaje de ruedas dentadas, y que acababan de transportarle al hospital.

Arsenia sofocó con sus gritos la voz del contraamaestre de la fábrica que le hacía saber esta triste noticia: las maldiciones contra su marido, las quejas más amargas sobre la suerte del pequeño Juan, se entremezclaban en sus discursos, y sus lágrimas no pudieron detenerse, ni aun cuando el jefe del departamento donde trabajaba el pobre niño, le dijo que estaba encargado por el dueño de la fábrica de prometerle una indemnización por la herida, y por la pérdida de trabajo que ocasionaba.

(Se continuará.)

CHARADA.

¿Dos tres primera dos terciá?

Tres; y una tres con su ausencia.

C. M.

La solución en el próximo número.

Solución á la charada del número anterior

DOLORES.

Nos han remitido la solución las señoras D.^a Pilar Martínez y D.^a Rudersinda Peche.

SECCION DE ANUNCIOS.

BAZAR DE LAS INFANTAS.

Se acaban de recibir las novedades para la presente estacion en sombrillas, bastones, abanicos, bisuteria, corbatas, juguetes, bronces y toda clase de objetos para regalos.—Fuencarral, 18, é Infantas, 1.

MECÁNICO.

ÚNICA CASA AUTORIZADA POR EL GOBIERNO

Especial para componer máquinas de coser.

12, CARMEN, 12.

JUAN BONA

Altas novedades en bisuteria de oro, doublé y luto; gran surtido en artículos de piel.—ESPECIALIDAD EN JUGUETES

15, Calle Mayor, 15.—Madrid

A las solteras —Receta eficaz para casarse: Imitar en todo á la protagonista *Beatriz*, de la preciosa é interesante novela *Los celos de una Reina*. Se vende en la Administracion, Atocha, 135, ent.º

OBRA NUEVA—El crimen de Belchite, seguido de varios artículos, por Julia Codorniu.—Una peseta 25 céntos.—Los pedidos, previo pago, á la autora, Lobo, 12, escalera centro, 4.º dha.

D. R. GOÑI.—Especialista en las vías urinarias y matriz.—Monte-rá, 5, segundo.

PEDRO ESCUDERO, sastre.—Plaza del Angel, núm. 15, frente á la calle de Espoz y Mi-a, Madrid.—Especialidad en trages para niños.

GRANDES ALMACENES

DEL

LOUVRE

R. Yturbe y C.ª

2 — FUENCARRAL — 2

EQUIPOS PARA NOVIAS
desde 2.000 rs.

Canastillas para recién nacidos
desde 500 rs.

AJUARES DE CASA.

DOTES

para colegiales de ambos sexos.

ROPA BLANCA

confeccionada en los grandes obradores de la casa.

LIENZOS

DE TODAS CLASES Y ANCHOS

MANTELERIAS
de granito y adamascadas
CORTINAJES

ARTICULOS DE PUNTO
extranjeros

Prontitud y esmero
para encargos de confeccion, letras
y bordados, encajes, tiras y
entredoses.

EL LOUVRE

2—Fuencarral—2

ESPECÍFICO VERDAD.

Hierro Baviera.—Tónico reconstituyente preparado por el farmacéutico de Soria-Avilés.

No más Assemia, no más Clorosis, no más pobreza de la sangre ni irregularidades del menstuo: una sola caja es suficiente para la completa curacion de cualquiera de estos padecimientos por crónicos y reveldes que sean á todo tratamiento, no vacieis en recurrir tambien vosotros los que padeceis raquitismo, escrófulas y todas aquellas enfermedades que dependen de estar viciada la sangre por que el efecto de su asimilacion es tan rápido y eficaz que á los pocos dias os encontrais completamente regenerado, lo prueba los muchísimos enfermos que han recobrado la salud, el expediente de perpetuidad formado en el Juzgado de primera instancia de Soria en el que deponen muchos testigos y la certification de los profesores de Medicina, Sres. Maestre y Pastor que dicen (que cuantos casos lo han usado en su práctica han obtenido los mas felices resultados y que están plenamente convencidos, es una arma poderosa y eficaz para combatir dichos padecimientos llegando hasta modificar estados patológicos, rebeldes y tenaces á modificaciones anteriores y que quedan los enfermos tan satisfechos de sus inmediatos y buenos efectos como el médico al experimentar resultados siempre constantes y benéficos); por lo tanto, como veis, si quereis ponerlos completamente bien, acudid á este Hierro sin rival, cuya caja vale 10 pssetas.

Depósitos en las principales Farmacias de provincias, en Madrid Farmacia del Sr. Merendon, calle de Campomanes, 13, pral., donde reside el hijo del autor y Carretas 45.

Á LA MARTA DEL CANADÁ

Peleteria, fábrica de plumeros y artículos para limpiar; esponjas, gamuzas y agua podrida para limpiar metales.

Unico depósito en Madrid de los inmejorables plumeros norteamericanos, recomendables por su mucha duracion y economía.

36 y 38—Mayor—36 y 38

Se encarga de la conservacion de la pieles durante el verano.

LAS INVENCIBLES

SALES MARINAS del Cantábrico de Yarto Monzon, únicas naturales para baños de mar en casa.—Paquete de 1 kilo 10 rs., con algas gratis.—Doce años de existencia y la recomendacion de los médicos de toda España, son su mejor garantía. Utilísimas en todos los casos en que están indicados los baños de mar.—Pídanse de Yarto Monzon: en Madrid, plaza de Herradores, 4, 5 y 6, botica.—Farmacia de Izquierdo, Pontejos, 6.—Perez Negro, Ruda, 14.—Y en todas las poblaciones de España donde tenemos correspondales.

NIÑOS ENFERMOS —Curacion de las lombrices con la Yartina ó Matalombrices; sabor agradable, espulsando los vermes á millares.—Cajas de 4 y 8 reales, segun edad.

Dentónica Yarto.—Específico infalible que devuelve la baba á los niños, quita el ardor de las encias, les arregla el estómago, cura la alferencia y todos los síntomas nerviosos en dias y á veces en horas.—Caja 5 pesetas, por correo 12 rs.—Pídanse á Yarto Monzon, plaza de Herradores, 4, 5 y 6, frente á la calle Mayor.—Madrid.

PELUQUERIA Y PERFUMERIA

DE

PEDRO FERNANDEZ PUIG,

Proveedor de la Real casa.

Este establecimiento es el primero en su clase en presentar los más nuevos modelos de peinados y postizos de más aceptación en Paris. En la actualidad podemos ofrecer á las señoras varias formas de los elegantes y cómodos POUF, PAPILLON.—Artículos de Perfumeria de los fabricantes más acreditados ingleses, alemanes y franceses.—Tinturas inofensivas para teñir los cabellos, garantizados.—Blancos para la cara.—Objetos de marfil y concha.

9 — CORREDERA BAJA — 9

FLORES Y PERLAS

PERIODICO LITERARIO, RECREATIVO Y MORAL
DEDICADO AL BELLO SEXO.

DIRECTORA—Maria del Pilar Sinués de Marco

Este Semanario, único de su género en España, ha logrado en los pocos meses de su publicacion, un desenvolvimiento tan envidiable, que la Empresa dispuesta á no omitir sacrificio alguno para hacerla digna de competir con las mejores que ven la luz en otros paises, no ha vacilado en aumentar su tamaño.

Constará, por consiguiente, de 8 páginas en vez de 4, y seguirá publicándose todos los jueves, con la colaboracion exclusiva de las más distinguidas escritoras.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En toda España..... 2 pesetas trimestre.

Ultramar y extranjero . 5 » »

La suscripcion empieza en 1.º de cada mes.—Número corriente, 25 céntimos.—Atrasado, una peseta.—Pago siempre adelantado.

Para suscripciones, pedidos y reclamaciones, dirigirse al Administrador D. Ambrosio Barba-roja, calle de Jesús y Maria, n.º 14, bajo.—MADRID

MONLEON, proveedor de la real casa.—¿Quereis tomar thé, chocolate y café puro?—36, Jacometrezo, 38—Sucursal 82 Hortaleza 82.

SEBASTIAN Y MEDEL—Casa dedicada especialmente á la venta de JUGUETES. Es recomendable por sus inmensos surtidos, buen gusto y economia en los precios.

Tiene además gran variedad de artículos en BISUTERIA y QUINCALLA, y vende á precio fijo.—Arenal, 24.



TODOS LOS MODELOS

10 REALES SEMANALES

sin mas anticipo.

10 por 100 de descuento
al contado.

HILOS DE ALGODON,

TORZALES DE SEDA
AGUJAS.

ACEITE
PIEZAS SUELTAS
y accesorios para toda clase de costura.

CASAS PARA LA VENTA.

MADRID } Carretas, 35.
Fuencarral, 50.
Toledo, 68.
Serrano, 33.

Y en todas las capitales de provincia.

Para evitar falsificaciones, exijanse en las facturas las palabras
MÁQUINA LEGÍTIMA
de LA COMPAÑIA FABRIL SINGER

Pídanse Catálogos ilustrados,
con listas de precios.